PROLOGO

«La mayor cosa después de la Creación del mundo, sacando la Encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias.» Sirva esta proverbial afirmación del humanista Francisco López de Gomara como encabezamiento a esta breve antología de prosas castellanas que, bajo el título de *Crónicas de Indias,* se incorpora a esta «Biblioteca General Salvat», justificando su inserción en este panorama universal de las letras.

Acontecimiento tanto histórico como cultural. La arribada a las Indias de las naos —que no carabelas— de Cristóbal Colón es, más que una invención *ex nihilo,* un «descubrimiento»: el «descubrimiento» exige que exista previamente, en la mente del descubridor, la cosa cubierta o escondida, que demanda simplemente ser desvelada por aquel que conoce dónde está el secreto velador o encubridor. Esto lo saben bien los investigadores cuando asedian lo desconocido por su poderosa intuición intelectual. Para el caso de América, lo mismo da Cipango que las Antillas. Colón buscaba una realidad que para él era evidente: «tenía» que existir. Por eso, por esa fe —en la que entraban ciertas premoniciones religiosas—, pudo sobreponerse a la marinería amotinada, cuando ya las naos iban entrando por el mar de los Sargazos.

Esto significa que desde el primer momento el «testimonio» se acompañó de un contexto cultural: para Colón, como hemos apuntado, lo descubierto le trae memoria de lo sabido, y de su sabiduría extrae, por correlación, su idea del Paraíso terrenal. El clima subtropical de las Antillas da exactamente la visión de lo paradisíaco, que exige que el aire sea suave, perfumado y de temperatura tal que no exija excesivo calor. Cuantos conocemos el mundo antillano sabemos bien que la estampa de lo edénico nos sorprende ya al primer encuentro con su paisaje.

* * *

Cierto que el acontecimiento histórico fue fenomenal, extraordinario, milagroso. Y si existían premoniciones religiosas en los navegantes es-

pañoles, no menos ciertos eran los avisos misteriosos con que las cosmogonías indígenas de Méjico y del Perú señalaban la llegada de unas gentes extrañas, de piel blanca y rostros barbados, emisarios del cielo y portadores del rayo. Lo que estas creencias ayudan a la conquista, es lugar común. Lo que fue el impacto de la llegada de los españoles puede seguirse en los manuscritos decorados con dibujos que se custodian todavía en los archivos y bibliotecas mejicanas. Señalaremos ya que estos textos —como los relatos de las historietas infantiles— tienen su gracia en su ingenua simplicidad, en su decir primario y balbuciente.

Del lado español, en cambio, esta literatura testimonial viene sellada de sabiduría humanística. Quienes conocemos América —con amor— sabemos del impacto que nos ha dejado en el ánimo la contemplación de las ruinas de Machu-Picchu, en el Perú, o de Chichen Itzá, en el Méjico yucateco; de las exposiciones de arte indígena del Museo de Oro de Bogotá o del de Antropología de Méjico. Incluso el encanto de los textos literarios recogidos en las viejas lenguas del mundo inca y azteca, felizmente estudiadas y traducidas. La confrontación, sin embargo, debe reconocer objetivamente, a la expresión de los conquistadores, un avance de diez siglos: aquellos que hicieron madurar a la cultura europea desde la invasión de los bárbaros a la eclosión del Renacimiento.

1. Y téngase en cuenta que la primera literatura testimonial no es, exactamente, un ejemplo de refinamiento cultural. Los primeros textos agrupados en estas páginas —«Navegaciones»— reflejan un decir perentorio, directo, noticioso. Las cosas que hay que explicar son tan importantes, que lo que importa es comunicarlas. Por eso Colón y Cortés usan el estilo coloquial de las «Cartas». Señalemos, con todo, que el trasfondo cultural aparece a cada paso, desde los primeros documentos de Colón, al cual la prodigiosa visión de las primeras tierras descubiertas trae el recuerdo del Paraíso terrenal o la idílica Edad de Oro, que recobra así una nueva vigencia y que se prolongará por toda Europa, hasta la idealización del «caníbal» en Miguel de Montagne o del *bon sauvage* en las páginas de Juan Jacobo Rousseau. Estas posibilidades estéticas de la expresión colombina no han dejado de impresionar a la crítica, desde Humboldt a Menéndez Pelayo, quien destaca los valores emotivos que esmaltan la prosa del Almirante. Pero no sólo por los rasgos y efusiones poéticas —añade— «se recomiendan estos escritos de Colón: no sólo se admira en ellos la espontánea elocuencia de un alma inculta a quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándola por el poder de la emoción sincera a alturas superiores a toda retórica, sino que el hombre entero, con su mezcla de debilidad y soberbia, de amargura desalentada y sobrenatural esperanza, con el presentimiento grandioso de su misión histórica, con la iluminación súbita de su gloria, con el terror religioso que le penetra y embarga al ver descorrido y patente el misterio de los mares, con sus fantasías místicas, en que el oro de Paria y la conquista de Jerusalén, las

perlas y las especierías de Levante y la conversión de los súbditos del Gran Kan forman tan abigarrado y prestigioso conjunto, sólo en las letras de Colón está, y ninguno de sus historiadores... nos da de ella idea ni trasunto aproximado» («De los historiadores de Colón», *Estudios y discursos de crítica literaria,* Ed. Nac., vol. VII, pág. 78).

2. Análogas observaciones podríamos hacer respecto a los textos que se agrupan en el apartado «Conquista», en los cuales lo directo y lo testimonial ganan la primacía del relato. Las «Cartas» de Hernán Cortés son, en este sentido, ejemplo vivo de sobriedad y eficacia noticiosa. La adjetivación se obliga a un dictado tópico al llegar a Bernal Díaz del Castillo, cuyo decir mueve, en efecto, a usar el mote «periodístico». Esta es una prosa descarnada y militar, con sonido de tambores. Aquí se llama al pan, pan, y al vino, vino. Y no se elude el cuadro de la sangre y de la muerte. Como se advierte en estas tremendas líneas epilogales: «Hágoos, señora, saber que de quinientos cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva España de todos ellos, hasta este año de mil quinientos sesenta y ocho, que estoy trasladando esta mi relación, sino cinco, ya que todos los más murieron en las guerras ya por mí dichas, en poder de indios, y fueron sacrificados a los ídolos, y los demás murieron de sus muertes; y los sepulcros que me pregunta dónde los tienen, digo que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas y muslos, y brazos y molledos, y pies y manos, y los demás fueron sepultados, y sus vientres echaban a los tigres y sierpes, y halcones, que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes, y aquello fueron sus sepulcros, y allí están sus blasones. Y a lo que a mí se me figura con letras de oro habían de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar.»

3. Bajo la rúbrica de «Descripciones» ofrecemos textos menos habituales en las antologías de este tipo, para buen pasto para la curiosidad del lector. Los ruidos de los tambores han cesado y entra el goce de los maravillados ojos ante la inmensa y plural hermosura descubierta. El príncipe de este grupo de escritores es Gonzalo Fernández de Oviedo. Más cultivado que los demás cronistas hasta ahora comentados, Oviedo busca en América el reflejo de Europa. Y es curioso, por ejemplo, que para hallar títulos de excelencia a la ciudad de Santo Domingo, no se le ocurre cosa mejor que compararla con Barcelona: «Más particularmente hablando, digo que cuanto a los edificios, ningún pueblo de España, tanto por tanto, aunque sea Barcelona, la cual yo he muy bien visto muchas veces, le hace ventaja generalmente; porque todas las casas de Santo Domingo son de piedra como las de Barcelona, por la mayor parte, o de tan hermosas tapias y tan fuertes, que

es muy singular argamasa, y el asiento muy mejor que el de Barcelona...»

El proceso de culturalización de los cronistas de Indias alcanza una cota ejemplar en la figura del inca Garcilaso de la Vega, «el mayor nombre de la literatura americana colonial», según Menéndez Pelayo, espécimen espléndido del cruce de dos aristocracias: la española y la incaica, por unir las estirpes de las casas ducales de Feria y del Infantado y de una princesa inca hermana del emperador Huayna Cápac. Traductor de los *Diálogos del Amor* de León Hebreo, el inca Garcilaso es el ejemplo vivo y fulgurante de lo que supone el entronque del humanismo europeo a la vitalidad americana.

4. Idéntico valor de ejemplaridad posee la serie de textos agrupados tras la mención «Acción evangelizadora», que es otra forma testimonial de la incorporación de América a la cultura de Occidente. Creo que, menos conocidos que los relatos militares y las descripciones geográficas, ofrecen parejo interés literario y humano. De este apartado destacamos la figura ejemplar de fray Bernardino de Sahagún, a través de cuya *Historia general de las Indias de Nueva España* nos ha llegado una suma portentosa de noticias acerca de las creencias religiosas y la educación del pueblo azteca.

5. En el apartado «Cuestiones jurídicas» se ofrece un muestrario de textos que encierran, también, informaciones trascendentales. Se trata en ellos de presentar la «actitud» del conquistador ante los pueblos sometidos a su dominio. También aquí se nos adelanta, con especiales méritos, un nombre, el de fray Bartolomé de las Casas, que, en su celebérrimo opúsculo *Brevísima relación de la destruición de las Indias,* nos ofrece un apasionado alegato contra aquellos usos del conquistador que resultaban perjudiciales a la población indígena. El apasionamiento del padre Las Casas, añadido a su celo apostólico, alimentó la documentación antiespañola que iba creando en Europa la «leyenda negra» y que, a confesión de parte, provocaba un recrudecimiento del rencor que producía en toda Europa la fulgurante empresa americana. El estilo del padre Las Casas es, en efecto, más que testimonial, panfletario. Como puede verse: «En estas ovejas mansas, y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos e tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte. Hasta hoy, e hoy en este día lo hacen, sino despodazallas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas y destruillas por las estrañas y nuevas e varias e nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán, en tanto grado que, habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales de ella doscientas personas.»

6. Finalmente, ofrecemos muy breve selección de textos que recogen «El impacto de América en el humanismo peninsular»; es decir, páginas escritas en España, por españoles, que no recogen el contacto directo de navegantes, capitanes o educadores religiosos, sino el eco del enorme acontecimiento en la historiografía culta peninsular. Así, Andrés Bernáldez *(Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel)*, Antonio de Herrera *(Historia General)*, Francisco López de Gomara *(Historia general de las Indias)* y Antonio de Solís *(Historia de la conquista de Méjico)* no pasaron el Atlántico, sino que se limitaron a recoger, y reproducir en un noble estilo cultivado, datos de la historia documental aportados por navegantes y colonizadores.

Son descripciones y relatos apoyados en una documentación aportada por los viajeros, pero vestidos con una noble manera estilística en que se otorga a los héroes el lenguaje de los grandes ademanes retóricos.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA
de la Real Academia Española